

Solución final

Alejandro Kaufman

Sentí como una liberación; que en mi sangre, que colmaba todas las profundidades y que inundaba todas las riberas, el buitre irreparablemente se ahogaba.

F. Kafka

Todos los recipientes del mundo ya están quebrados; Dios ya no tiene dónde guardar sangre de Abel.

H. Leivik

Hay que avanzar a partir de lo que es nuestro propio caso.

E. Bloch

1. La condición judía, desde la derrota del nazismo por los ejércitos aliados, es una condición expandida. La idea de que la barbarie del siglo XX es equiparable con las que se registraron en el pasado no le es afin. Para la condición judía, la *solución final* no contempla la dialéctica de vencedores y vencidos. Los perpetradores fueron vencidos, pero el acto del exterminio no formaba parte de lo que estaba en juego en la lucha y, además, de la solución final no retornan ni los muertos ni los vivos. En este imposible retorno a la situación previa radica el norte necesario para considerar el problema de la *implicación*. Dado que las víctimas no pueden hablar porque murieron, o sobrevivieron pero perdieron el habla, no hay *testimonio* fuera del relato acerca de la imposibilidad del relato y del testimonio. Esa imposibilidad no conduce a un vacío, sino a la forma informe en que se nos presenta. El exterminio no se consumó más que en la medida suficiente para dejar tras de sí modos de la supervivencia. La faena inacabada persiste como marca. Los asesinos, objeto de castigo o de

olvido, quedarán atrás en el tiempo. La condición judía, en cambio, persistirá con su marca: en ella reside el cambio. La Emancipación se propuso borrar la persecución. El fracaso consiste en que el estigma del exterminio es imborrable. Y de esto sólo se puede dar testimonio.

2. Existencia *indebida*. Nacimiento atravesado por el odio que truena desde la historia, y desde cada signo que la recuerde. "Yo debí morir con vosotros/pero las fuerzas me faltaron" (Leivik). El ejercicio de la memoria lleva consigo la paradoja de renovar el estigma. El monumento lo reproduce. Instituye la pertenencia al mundo de algo que no había acontecido nunca ni siquiera en la imaginación. Junto a lo "nuevo" de la modernidad, la memoria abre el lugar de lo siniestro que le es solidario, pero lo expone como ajeno, y por lo tanto conduce al olvido. Entonces, el estigma de la condición judía porta consigo el indicio de lo que constituye a la época, de manera que lo oculta. Otra vez un destino indeseable.

3. El testimonio de la implicación no se reduce a un reclamo por la no repetición ni a una irradiación de la conciencia. Adquiere el sentido de un signo. Se eleva sobre la trama de los acontecimientos imponiéndoles nexos de otro modo impensables. El testimonio sigue un camino paralelo al del mal. No remite al pasado sino a ese relámpago que se produce en el instante del peligro. Interpela a los sobrevivientes por la obligación con el estigma. Ahora la única forma de borrar el estigma consiste en desplazarlo a otra víctima, y ni aún así hay garantías. Ese desplazamiento fue diseñado en el universo concentracionario. Ante la condena a la santidad, los hombres se vieron ante la posibilidad de no responder y de convertirse en verdugos, siendo a la vez inocentes. ¿Qué otra cosa que la inocencia puede atribuirse a los peores comportamientos actuados por las víctimas del universo concentracionario? Allí aparece también el carácter del mal radical. La condición humana no se suprime solamente con los medios sabidos (el hambre, el número, la expulsión del lenguaje), sino no menos por la confrontación de las reservas más íntimas del impulso vital hacia la supervivencia. Aquellas de las que un hombre libre puede eximirse mediante la ascesis, en el universo concentracionario adquieren un carácter inmediato y permanente. La progresiva introducción a un estado lindante con la agonía, la inmersión en una masa agonizante en estado de competición, empujan a los hombres a la peor de las torturas, la

disyuntiva entre hundidos y salvados. El exterminio no acontece como un suceso ajeno a los individuos, y que los golpea desde afuera, como sucede con un terremoto, o incluso con una mera masacre. El exterminio no consiste en una masacre. El horror fluye antes de la *selección* que de la muerte. Aunque no se sepa o no se quiera saber, desde entonces, cualquier encrucijada en favor de unos u otros reclama su vínculo con *aquella selección*. Lo horroso fue cómo se vivió antes de morir, porque desde entonces heredamos algo de esa *forma de vida*. Lo que sigue caracteriza al universo concentracionario en sus variantes nazi y stalinista. El mal somete a los hombres a una prueba de santidad, sabedor que los pocos que la superen habrán de morir por ello mismo, y no podrán prestar testimonio. No hay una ni tres cruces en un monte a la vista de una masa de testigos. Se trata de un ejército innumerable de hormigas, y su aspecto se mantiene en secreto. En el tipo de secreto en que se puede mantener una desmesura: sin mostrarlo, pero con la mayor publicidad. El tipo de publicidad que se introduce en la dimensión de lo inconsciente, que apela a la incredulidad, o dicho de otra manera, a la forclusión. Mejor aún: a la dicotomía de la implicación. Los afectados estaban destinados a ello. Los no afectados no lo estaban porque no habían sido elegidos. La elección es previa e inapelable. No puede haber manera más radical de abolir toda idea de historia, de praxis, de libertad humana, cuando se logra alienar a los hombres de *esa manera*. El universo concentracionario nazi -además, pero como condición necesaria- impone el exterminio. Todos van a morir. Santos, verdugos y todas las graduaciones.

4. La marca del pacto fue marca de muerte. Los nombres hebreos recuerdan a los muertos. Ser designado con un nombre hebreo es ser designado con el nombre de una víctima del holocausto. Es ser designado con un nombre destinado al olvido. Es ser marca de un muerto sin tumba. Es llevar el estigma del crimen también. Si las víctimas lo fueron por el estigma del pacto, y los victimarios no llevan estigma alguno, ser judío hoy es portar la estrella amarilla contra toda fuerza o imperio de la violencia; o imponerle la estrella amarilla a otros. O aceptarla o hacérsela llevar a otros. ¿Hay alternativa?

5. Contemplar la desdicha de la supervivencia deudora o sublimar el dolor en ímpetu superviviente y fuerza desplegada. Ambos afectos están

entrelazados. El dolor alimenta a la fuerza y adquiere rostros más y más injustos e injustificables. El dolor que permanece en la memoria lleva al enmudecimiento y a dejarle el mundo a los otros. En los descendientes de los muertos por la shoá, en los judíos, hay un dolor, una pena que supera a la pérdida. Al fin, la muerte de las familias, del pueblo, aun de la lengua y la cultura, esa sucesión de infortunios insoportables, podría quedar atrás y el individuo transformarse, devenir *otro*, renacer. Esto es lo que sucede en cualquier catástrofe: no hay selección, salvo la del azar. Quien sobrevive, incólume o malherido, debe su suerte al azar. No ha sido designado específicamente. En último término, para el judío, y en un plano profundamente sepultado de la no conciencia, lo lacerante de la shoá es que me recuerda que no debí nacer, no debí vivir, no debí sobrevivir, no debería vivir, no debería tener hijos ni descendientes. Para el núcleo más central de mi yo, la shoá significa mi propia destrucción. Si es imperdonable e inolvidable, en el límite, es porque estoy condenado a vivir con *esa* condena en suspenso. No puedo decir "que no se repita" o "nunca más" como una afirmación de solidaridad, porque estoy hablando de manera más inmediata, de mí mismo. Lo que digo es "no me maten". En el fondo, creo que lo lacerante de ese llanto que brota una y otra vez como un desgarramiento incontenible, no es otra cosa que la confrontación con la propia muerte como destino que fue fijado de una vez y para siempre. Sólo nociones redentoristas o utópicas pueden restituir la esperanza en esa experiencia. Y de ella no hay palabras, salvo en el sentido del testimonio. El testimonio presta cuerpo entonces a la experiencia.

6. Recordar un mal particular del que se ha sido objeto o del que se puede volver a ser objeto, en el que se está implicado, recuerda irónicamente, respecto del mal en general, a la relación que había entre el tradeunionismo y la utopía comunista. La memoria (o la lucha) de (por) una causa particular, lejos de acoplarse a la secuencia mágica por la que lo particular se subsumía en lo general por obra del sujeto revolucionario, refuerza en realidad el conjunto de lo establecido. En el caso de Auschwitz la consecuencia es mayor. Un mal que adquiere el carácter de un sino epocal está ligado a una singularidad. Lo que hay para comprender, y es inaceptable para el judío, aquello de lo cual el judío huye a veces, es que el espíritu judío no es el terreno pasivo en que se construye ese edificio de emblemas patéticos, sino que pertenece a su esencia configurar esa

edificación. Una de las formas en que se produce la provocación judía frente a Occidente radica en el padecimiento pasivo y en la humillación, durante siglos, hasta la culminación de la shoá. Esa *actitud* contiene la huella de la debilidad mesiánica que aguarda el advenimiento de la paz. Frente a la fuerza, *provoca* con la pregunta, la espera, la resignación. Odio y violencia contra sí. Soporta la agresión con orgullo. Se trata, en definitiva, del antijudaísmo. El antijudaísmo es incomprensible para las sociedades emancipadas. Esto que conocemos tan bien es el antisemitismo, producto moderno. Es una marca del pasado que se enfrenta con una resistencia. La que oponen ciudadanos emancipados protegidos por la ley. Aunque señalemos los límites y las aporías de este orden, es desde este orden que se imagina el espectro de lo posible. No era así en absoluto en la persecución que padecieron los judíos durante siglos, y respecto de la cual *antisemitismo* es un término anacrónico que sólo tiene un siglo de antigüedad. Hoy la imagen cultural de las masas de judíos asesinados por los nazis se confunde con las caricaturas antisemitas. No existen más. *Desaparecieron* y los sobrevivientes devinieron *otros*.

7. La denominación asignada a lo innombrable por los perpetradores no es un simple eufemismo. Es la resolución *revolucionaria* y moderna de la Judenfrage. Adviene como respuesta que sella los límites de la Emancipación, tanto burguesa como proletaria. Establece una relación de antagonismo fatal para la espiritualidad judía centroeuropea, la asesina, la hierde de muerte. El sionismo, la otra respuesta a la Judenfrage, es rozado de manera más tangencial, hasta se ve paradójicamente fortalecido, al menos en principio, y no sin indicar de inmediato que ese fortalecimiento lleva consigo el precio de la amenaza permanente. Amenaza de exterminio que hereda de modo destinal todo enemigo del Estado de Israel. Piense lo que piense, fuera de cualquier intencionalidad, y más allá también de cualquier razón de estado o instrumentalidad judía. La víctima de la solución final no fue tanto el león de Judá, largamente olvidado por los judíos, tal vez desde los tiempos de los macabeos, como el espíritu del cordero hebreo, ajeno a la fuerza y la violencia.

8. El sentido en que la desmesura de la solución final concierne al mal radical instala una flexión en la historia. Nada será como antes. "Después de Auschwitz". Mirando atrás no hay nada semejante. El acontecimiento

adopta una cualidad mítica sobre la que no hay acuerdo general. Se asemeja en todo caso a Babel, al Diluvio, a la Crucifixión. La comparación lo convierte en un problema de fe. En ese plano, puede alimentar a la teología, a la filosofía. Puede discutirse el estatuto de la narración. "Que no se repita" es un problema historicopolítico, pedagógico. Supone que se ha atravesado un límite y que estamos de nuevo *más acá* de ese límite. Evitemos atravesarlo una vez más. "Nunca más". Es la perspectiva dominante en lo que concierne a la Shoá. Cuando se habla de la memoria, de no olvidar ni perdonar, se permanece dentro de estos términos. Aquello acaeció, tuvo un principio y un fin. La derrota por los aliados y los juicios de Nuremberg ayudaron, claro está. Tal vez no seamos los mismos, pero la vida sigue su curso. Hay debates que se sitúan en un terreno filosófico estético: representar, no representar, cómo hacerlo, cómo no hacerlo. Nadie daría la vida por esos debates. Para algunos hay involucradas formas de expresión, para otros, modos de conocimiento de la historia. La adquisición de un consuelo o la confrontación con un acto de consolación ineficaz. La perspectiva crítica se propone una tarea. No se la propone; no puede dejar de llevarla a cabo. No estamos más acá de Auschwitz, ni Auschwitz fue simplemente la desmesura de aquello que somos moderada o equilibradamente. Auschwitz nos muestra en forma de pesadilla aquello que nos constituye, aquello que nos atraviesa y de lo que formamos parte. Se trata de un nexo que aparece primero intuitivamente, y que demanda al trabajo sobre el lenguaje la emergencia del testimonio. Entre el silencio de muerte y el recuerdo patético se presenta un tercer término: la indagación de los nexos con el mal que encuentran en Auschwitz la culminación de la modernidad y que ven en la solución final las formas puras del mal radical que atraviesa nuestra existencia sin manifestarse con esa evidencia que nos horroriza. ¿Acaso no sucedió siempre así con el mal? Pero las cámaras de gas son *nuestra* cruz.

9. La solución final es el mal despojado de todo bien. Es también un dispositivo administrativo-político-técnico-ideológico. El mal puro -para realizarse- necesita disponer de una víctima inocente sobre la cual ejercer un daño. La pureza del mal es correlativa de la pureza de la inocencia de la víctima. No ocurre si hay combate. Un sentido en que los judíos eran víctimas inocentes. Los justos. Los niños. La violencia y el consentimiento

ante la agresión. Los judíos constituían un colectivo coherente en un alto grado en cuanto a la pasividad frente a tratos intolerables, malos tratos. El mal se vuelve puro cuando se ejerce contra alguien que no se resiste. En esto radica la eficacia de la no violencia cuando se la emplea en forma estratégica. El adversario expuesto a la situación de golpear, torturar o matar a individuos voluntaria y deliberadamente inermes se ve obligado a cometer un crimen puro y sin atenuantes si pretende imponer su voluntad en un conflicto. Por eso, la no violencia caracteriza al que la practica mucho menos que al adversario contra el que va dirigida. Al oponerse de esta manera contra una fuerza, el no violento expresa su esperanza de que el adversario se vea imposibilitado por sus propios escrúpulos de ejercer esa fuerza en forma ilimitada. Esta esperanza debe basarse en alguna realidad, en la constatación de que esos escrúpulos existen, de lo contrario, se trataría lisa y llanamente de un suicidio. Pero esto se refiere al uso de la no violencia como estrategia en el contexto de un conflicto.

10. La cultura modernista volvió difícil identificar la condición de la víctima. A la vez que se postuló la emancipación y la igualdad, la condición de la víctima quedó oculta detrás del optimismo del progreso que permitiría abolir tal condición. La expectativa ilusoria de semejante empresa nos desprovino de los medios elementales del reconocimiento. Ante el dolor y la desdicha propios de la condición humana, la atención se dirigió durante los últimos dos siglos hacia las "soluciones", la superación utopista de la infelicidad y la creación de una subjetividad anestesiada. A mediados del siglo XIX se produjo la emancipación del dolor físico, que pasó de acontecimiento de la existencia a problema a resolver. Las circunstancias *negativas* para la mente moderna son escollos a superar, no instancias que alimentan la vida espiritual y nos ponen a prueba frente a lo ineluctable.

11. Hay una materialidad del holocausto, hay una inmaterialidad del holocausto. Hay víctimas mortales del holocausto: en su mayor parte desaparecieron. Nada se sabe sobre ellos. Ni siquiera sus nombres. En Jerusalén se atesoran los nombres que proporcionan los familiares. No prevalece el registro de las identidades de los asesinados sino la pregunta por los nombres que faltan. El holocausto deja familiares y descendientes

directos de los asesinados. Deja testigos, sobrevivientes. Deja a quienes, judíos, carecen de lazo directo con víctimas de la masacre, aparte de la pertenencia identitaria. Siempre y de nuevo, una y otra vez, resulta evidente la escala inabarcable del horror, pero no su naturaleza. ¿Es finalmente un acontecimiento, una singularidad? ¿Introduce una discontinuidad en la historia? ¿Es un segundo acontecimiento crístico? ¿O reproduce en forma de continuidad el destino trágico de la historia? La *memoria*, ¿refiere a una instrumentalidad preventiva de la repetición? ¿O constituye el registro de la culminación de la modernidad, la cumbre del proyecto del progreso? El holocausto ¿define el punto de partida ineludible de una nueva ética? ¿O refiere al fin de la ética? ¿Hay algo que ha cambiado irreversiblemente en la historia y en lo atinente a lo humano? ¿Hay quien no esté implicado? ¿O quien esté directamente implicado no debería hablar?

12. Los familiares y descendientes reproducen una tristeza irredimible, esencial, omnipresente. Un telón de fondo que todo lo tiñe, aún la risa, y sobre todo la risa. Una tristeza que busca en la risa un exorcismo imposible, y que al constatar ese límite vuelve al silencio, y a la risa de nuevo. Una oscuridad que se cierne inapelable y sin sentido. En el silencio. Hablar rompe con la tristeza, e inaugura una suerte de logorrea enajenada.

13. Se presume la presencia de los despojos de la historia frente a nosotros. Formar parte de los despojos de la historia es una posibilidad subjetiva. Alguien puede reconocerse como tal. Los despojos de la historia no constituyen un eco que se adivina de lejos en las sombras, sino un reclamo actual y presente. Incluso una causa y una demanda de derechos. Reconocerse como despojo de la historia pasa a formar parte de un modelo de gestión de la memoria. Lo acontecido hace cinco o diez siglos se convierte en puja política actual. No hay una transposición que nos recuerde la consecución siempre triunfante de la injusticia, sino un anhelo encarnado en una práctica *política* de restituir los derechos -ya sea para los olvidados del presente, para los olvidados de la historia o para la presunta prevención de una futura repetición-. En todos esos casos se *olvida* el carácter productivo de la historia. Cómo la historia consiste precisamente en el olvido y la producción de montañas de escombros y, cómo, mientras corremos detrás de unos fantasmas, nuestros propios

fantasmas más queridos, si miráramos atrás veríamos la tragedia en su actual curso de desastre. Mirada imposible que nos paralizaría como cabeza de Medusa.

14. En Auschwitz los judíos morían solamente, porque no podían ser reeducados. Atribuir de antemano un destino mortífero a una multitud era una forma de conjurar la tragedia de la historia. Asegurarse de que murieran éstos y no aquellos. Sobre todo *ellos* y no *nosotros*. El poder radicaba en esa certeza, más allá de la fuerza necesaria para llevar a cabo esa certeza. Si la tragedia de la historia produce muertos irredimidos, por qué no provocar nosotros esas muertes y redimimos así de la desaparición. El mal como voluntad revolucionaria. El mal como forma radical de la revolución. El exterminio como violencia absoluta que requiere el abandono cuando el mundo es indiferente. El horror mayor radicaría también en que *eso* fuera posible en tanto quienes podrían haber intervenido no lo hicieron. En el amplio marco de las responsabilidades por acción y omisión que rodean a los atentados antisemitas de la Argentina, ¿no se puede reconocer una matriz semejante? No se trata de la impunidad, sino de lo que les ocurre a *ellos*, con la consiguiente denegación confirmatoria: *todos somos ellos*. Detrás de los reclamos ciudadanos, persiste la Judenfrage intacta.

15. El holocausto exige su propia biblioteca. De un lado, el océano de la memoria del horror. El simple y puro registro de lo acontecido. Una sucesión innumerable de acontecimientos que claman: ¿Cómo puede el mundo seguir girando? Del otro lado, las escrituras, los testimonios espirituales (sólo pueden ser *espirituales* en primer lugar, después sólo después: literarios, filosóficos, científicos) que nos permitan sobrevivir al horror, así, sin que sea posible conjurarlo, en procura de reconstruir lo despedazado. Esas escrituras son las escrituras de la *inminencia*. Textos proféticos, son los más verdaderos. Sabían sin necesidad de saber lo que sabemos. *Sabían* antes que Celan, antes que Levi, antes que Antelme. En estos radica la ínfima esperanza, en aquellos el dilema entre la anticipación de la catástrofe y su precipitación inexorable. ¿Qué podemos pensar?, ¿cómo podemos vivir, cuando tantos de ellos declinaron hacerlo? No son textos proféticos. El sismógrafo no predice, sino que registra lo que ya ocurre, aunque no se perciba por otros medios. Las escrituras de la

inminencia participan, perciben la catástrofe. Las muertes singulares y las biografías sugestivas y pasionales de tantos de los autores de esas escrituras carecen de toda casualidad anecdótica. Se gestan en el umbral de la cámara de gas. Esa atmósfera se respira en Kafka, Wittgenstein, Weil, Benjamin, Roth. Ningún testimonio puede agregar algo a esas vivencias. Sólo confirman que lo experimentado es real también para nosotros. Aquellas sensibilidades que vivían en la catástrofe dan testimonio de audiciones imposibles ahora. Bajo nuestra actual infinita marea de imágenes, no hay ninguna continuidad de esas escrituras. No son esas imágenes necesariamente las que obliteran la posibilidad del silencio sensible, sino la consecuencia del cambio cataclísmico. Sin embargo, algunas de esas escrituras de la inminencia, en tanto que experimentaban el horror, al mirar atrás, veían la historia como la antesala de lo que acontecía en los años de la segunda guerra mundial, como la sucesión continua de infortunios. Tal vez, de alguna manera, renunciaron a ser testigos de lo que fuimos testigos nosotros. Quienes no sobrevivieron al exterminio, como víctimas directas o indirectas, no tuvieron las visiones que se les presentaron a los sobrevivientes, directos o indirectos. Visiones que enseguida se transforman en espectáculo, estética del horror que paraliza y por lo tanto fascina, que expone lo innombrable pero también lo vuelve incomprendible e inasimilable. La mostración de los "detalles" es inherentemente ambivalente. El bien no requiere semejante detención en la materialidad del mal. No es necesario *ver* para distinguir entre el bien y el mal. Es al revés: aunque no se puede dejar de mirar, porque *eso está ahí y fue ocultado*, a la vez, esa mirada abarca el campo de lo posible y lo instituye. Efectivamente: *establece el campo de lo posible*. Así, el mal encarna también de esta manera en nosotros. Por eso el testimonio no se refiere a los detalles, sino a *otra cosa*.

En la solución final se llevó a cabo una transformación como habían ocurrido antes, sólo que en el curso de dos años. Bastaron dos años para asesinar una cultura, un gesto sistemático y persistente, de magnitud gigantesca y *espectacular*, en lugar de un largo proceso de colonización o esclavitud. La pura destrucción del otro, y *por lo tanto de sí*. Son inseparables. Un inmenso suicidio. Antes que deplorarlo, ojalá pudiéramos comprender lo que nos dice.